

Cristóbal de Acuña, *Nuevo descubrimiento del Gran río de las Amazonas*. Editores: Ignacio Arellano, José María Díez Borque y Gonzalo Santonja. Madrid / Frankfurt, Universidad Navarra, Iberoamericana, Vervuert, 2009, 181 p.

En 1639, el sacerdote jesuita Cristóbal de Acuña y su compañero de Orden, Andrés Ardieta, partieron de Quito con destino a la ciudad del Pará (en el actual Brasil), en una expedición capitaneada por Pedro Teixeira. Cristóbal de Acuña, mientras navegaba por el entonces llamado río de *las Amazonas* y sus alrededores, recopiló con especial detalle información sobre la abundancia de sus riquezas minerales y naturales; también, se interesó por los modos y las costumbres de sus habitantes. Cristóbal de Acuña evidencia —en cada línea de su relato— una inocultable admiración por el ubérrimo entorno amazónico; y, lo dice claramente cuando compara el río Amazonas con el Ganges, el Nilo o el Éufrates, luego sentencia que «solo le falta [al Amazonas], para vencerlos en felicidad, tener su origen en el paraíso» (p. 80).

Tal como lo señala el «Estudio preliminar», toda esta información recopilada por Cristóbal de Acuña en su periplo por la selva sudamericana fue primero entregada de manera resumida al Consejo de Indias; y, después, ya más extensa y elaborada fue publicada en Madrid, en 1641, con el título *Nuevo descubrimiento del Gran río de las Amazonas*. Este libro causó gran expectativa en los lectores, por lo que fue traducido al francés, inglés, alemán y portugués. Y desde la edición de 1891 —en Madrid— a cargo de Juan Cayetano García hasta la edición bilingüe español-portugués, Montevideo, 1994, hay numerosas ediciones. Hoy en día, podemos decir que no termina de asombrarnos la obra

de Acuña, así lo confirma esta nueva publicación de 2009, que corresponde a la decimosexta entrega de la colección Biblioteca Indiana de la Universidad de Navarra, y que llega a nosotros gracias a los investigadores Ignacio Arellano, José María Díez Borque y Gonzalo Santonja.

Como vemos, las traducciones y reediciones nos indican que estamos ante una obra que ha llamado la atención desde siempre por diferentes razones e intereses. A continuación, vamos a tratar de dar cuenta de la obra de Acuña que desde el «Prólogo» nos promete encandilarnos con «un nuevo mundo, naciones nuevas, reinos nuevos, ocupaciones nuevas, modo de vivir nuevo y, para decirlo en una palabra, un río de agua dulce [...] lleno de novedades» (p. 54). Pero, antes repasemos brevemente algunos datos biográficos de Cristóbal de Acuña (pp. 17-20), que también nos proporcionan los editores en el «Estudio Preliminar» de la obra. Sabemos que nació en Burgos, en 1597. Quince años después ingresó a la orden de los jesuitas; y, fue enviado como misionero a Chile, Perú y Ecuador. En 1634, según el bibliógrafo José Simón Díaz, encontramos a nuestro autor en Quito, allí fue fundador y primer rector del Colegio de la Compañía de Jesús. Es importante mencionar que en esta ciudad fue corregidor su hermano Juan Vázquez de Acuña, el cual tenía interés y capital para hacer una expedición al Amazonas, pero que no llegó a concretarse, al contrario, tuvo mejor suerte la capitaneada por Pedro Tejeira, en la cual participa nuestro autor y da origen al texto que hoy nos interesa. Años después, Cristóbal de Acuña, es nombrado calificador de la Suprema Inquisición. Finalmente, fallece en Lima, pero la fecha exacta de su deceso es imprecisa, Simón Díaz propone el año de 1670, mientras que Rubio González el año de 1675.

El *Nuevo descubrimiento del Gran río de las Amazonas* está dividido en ochenta y tres párrafos, numerados correlativamente del I al LXXXIII, y lleva cada uno un sucinto subtítulo que indica el contenido del mismo. Cierra el último párrafo de la obra la frase latina *Laus Deo Virginique Matri*. En relación con los paratextos, tenemos al principio una dedicatoria al conde duque de Olivares, un breve prólogo al lector, dos certificaciones: una del capitán Tejeira, y otra, del mercedario fray Pedro de la Rúa; y, la Provisión Real por la cual se le da la misión explícita de hacer relación de todo el viaje a Cristóbal de Acuña; y, como apoyo a este, en caso de que no cumpliera su misión al padre jesuita Andrés de Ardieta. El último paratexto está al final de toda la obra, que es el «Memorial presentado en el Real Consejo de las Indias sobre el dicho descubrimiento después del (*sic*) rebelión de Portugal»; y, que también está en la edición príncipes de 1641.

Queremos señalar que la obra de Acuña está concebida y narrada como una *relación* (así lo refiere el encabezado que da inicio al texto: *Relación*), es decir, como lo solicita la Provisión Real debe «describir con la mayor claridad que os fuere posible la distancia de leguas, provincias, poblaciones de indios, ríos y parajes particulares que hay desde la primera embarcación hasta la dicha ciudad y puerto del Pará, informándonos con la mayor certeza que pudieris de ello» (p. 60). De todo esto y mucho más, da cuenta cumplidamente Cristóbal de Acuña, a través de un estilo moderado en el uso de figuras literarias, y apoyándose en otros relatos que confirman o ayudan a ampliar la información que ya tiene Acuña. Los editores reparan en este aspecto de las fuentes de Acuña (pp. 24 y 44). Todo en conjunto estructura un discurso lógicamente pensado y muy bien escrito, propio de la sólida formación jesuítica de su autor.

Los primeros párrafos de la obra están dedicados a contextualizar la expedición de Tejeira, desde las primeras incursiones por el río Amazonas como la de Orellana, la otra iniciada por Pedro de Ursúa e infortunadamente continuada por Lope de Aguirre, luego cuenta de los intentos exploradores de los portugueses, franciscanos, etc., que no tuvieron mucha ventura. Narra parte por parte la fauna y flora de las islas que circundan al río Amazonas, y lo que más destaca es la generosidad y variedad de estos recursos, especialmente del oro, Acuña precisa dónde se puede encontrar dicho mineral en abundancia, quiénes lo extraen, cómo se llaman y cómo lo usan.

En cuanto a las poblaciones, Cristóbal de Acuña nos cuenta que superan las ciento cincuenta en diversidad de lenguas y costumbres (p. 106). Al respecto, los editores —en el apartado “Riquezas y maravillas” del «Estudio preliminar»— destacan que Acuña en las descripciones que hace de las poblaciones amazónicas: «Asoma a menudo la perspectiva de lo maravilloso, coherente con la imagen del Nuevo Mundo» (p. 34), por ejemplo, cuando cuenta que el río de *las Amazonas* es llamado así, porque está «poblado de una provincia de mujeres guerreras que, sustentándose solas sin varones, con quienes no más de ciertos tiempos tenían cohabitación» (p. 152). Y, que las «Las hijas hembras que de este ayuntamiento las nacen conservan y crían entre sí mismas [...] pero los hijos varones no hay tanta certeza de lo que con ellos hacen» (p. 153). Como observan bien los editores, Acuña no dice en ningún momento haberlas visto o haberse entrevistado con alguna de ellas (p. 34), pero sabe de su existencia por las noticias que dan los naturales que con ellas «comunican y comercian» (p. 153). Esta misma estrategia narrativa es utilizada por Acuña para contarnos de otros peculiares pobladores —que no ha visto

en su viaje— como son los «gigantes de diez y seis palmos de altura, muy valientes; andan desnudos, traen grandes patenas de oro en las orejas y narices» (p. 138); y, que los naturales le ofrecían llevarlo a conocerlos. Otros peculiares habitantes son los *guayacís* que «eran enanos tan chicos como criaturas muy tiernas» (p. 149), o de aquellos otros llamados *mutayus* que tenían «los pies al revés, de suerte que quien no conociéndolos quisiese seguir sus huellas, caminaría siempre al contrario que ellos» (íd.).

Uno de los objetivos del relato de Acuña es el que apunta a develar un territorio ignoto que la Corona española deseaba conocer pormenorizadamente a través de su relación. Los editores nos explican, además, que la tarea de Acuña con su relato era «romper el aislamiento de Quito» (p. 9); y, por supuesto dar a conocer la ruta de Orellana que llevaba cerrada casi un siglo (íd.). Por otro lado, está la misión evangelizadora que ve en los habitantes amazónicos a los potenciales nuevos cristianos. Coincidimos con los editores en que el texto de Acuña forma parte del corpus temático sobre los descubrimientos en el Nuevo Mundo que tienen «una actitud de interés, de valoración y respeto intelectual por las lenguas, el arte y los modos [...] de las culturas indígenas» (p. 12). Esta actitud de respeto y valoración, por el otro, es el mejor testimonio que nos deja la obra de Cristóbal de Acuña, y que aquí destacamos se vuelva a dar a conocer a nuevas generaciones, en un nuevo contexto.

Finalmente, es de encomiar la provechosa labor de los editores, pues ponen a nuestra disposición este invaluable texto que —en palabras de ellos mismos—, es una edición que «facilita la lectura y no traiciona ninguna característica de la composición o el estilo de Acuña» (p. 44). Recomendamos las precisas notas aclaratorias que nos familiarizan con el contexto

de la época y, también, son de lectura obligatoria el «Estudio preliminar» y los dos apéndices, uno de voces indígenas y otro de tribus: «Addenda a Markham, 1910», que enriquecen esta muy útil edición. (Fátima Salvatierra)